

tados por inmigrantes más poderosos, y se introducen nuevas complicaciones en las ideas del otro mundo, y se establecen otras nuevas más ó menos semejantes. Finalmente, en los países en que el lugar de los muertos de la clase superior está situado en las cumbres de las montañas, una transición fácil transporta la mansión de los muertos á los cielos, primeramente en un lugar del cielo próximo á las montañas, luego indistintamente en todas partes. De suerte que la pretendida residencia de los muertos, idéntica en un principio á la de los vivos, se aleja poco á poco en el pensamiento; la distancia que las separa y la dirección que lleva son cada vez más vagas, y al fin, el espíritu cesa de asignarle un lugar en el espacio.

Todas estas concepciones, que tienen sus raíces en la idea que primitivamente se ha formado de la muerte, sufren simultáneamente modificaciones progresivas análogas á las de la idea de muerte. La resurrección, considerada al principio como inmediata, se aplaza indefinidamente; el espíritu, concebido en un principio por completo sustancial, se va trasmutando para convertirse en cosa etérea; la otra vida, que primeramente reproducía con exactitud el tipo de la primera, se separa de ésta cada vez más, y el lugar que ocupa pasa de uno muy próximo á una parte de la que nada se sabe y nada se imagina.



## CAPÍTULO V

IDEAS DE AGENTES SOBRENATURALES.— AGENTES SOBRENATURALES COMO PRESUNTAS CAUSAS DE EPILEPSIA, CONVULSIONES, DELIRIO, LOCURA, ENFERMEDADES Y MUERTE

**L**as palabras de que nos servimos, cuyo sentido especializado corresponde á nuestras ideas, no representan fielmente las de los salvajes, y á menudo las representan en sentido contrario. La palabra sobrenatural no tiene sentido sino por antítesis á natural, y mientras el espíritu no ha llegado á parecer, la idea de causación ordenada que llamamos natural, no podía tener ninguna idea de lo que llamamos sobrenatural. Me veo por lo tanto obligado á

servirme de esta palabra, á falta de otra mejor; pero he de prevenir al lector que debe guardarse de atribuir al hombre primitivo una concepcion del género de la que la palabra tiene para nosotros.

Así prevenidos, tratemos, en cuanto nos sea posible, de trazar un cuadro del medio imaginario que el hombre primitivo produce por sí mismo, con las interpretaciones que hemos expuesto en los cuatro últimos capítulos. Indudablemente, las ideas que se forma de los actos que se realizan á su alrededor no concuerdan en los detalles, pero sí en su *conjunto*, con las nociones que hemos expuesto como un producto necesario de su espíritu.

En cada tribu, cuando ocurre un fallecimiento, un nuevo aparecido se agrega á los numerosos aparecidos de los individuos ya fallecidos. Hemos visto que en un principio se creia que estos espíritus ó aparecidos moraban muy cerca de los vivos, frecuentaban su antigua vivienda, vagaban tristemente alrededor de su sepultura y viajaban por los bosques vecinos. Aumentándose sin cesar su número, forman un pueblo extendido por las cercanías, ordinariamente invisible, pero que á veces se dejaba ver. Hé aquí algunos ejemplos:

Los Australianos suponen que seres sobrenaturales de este origen existen en todas partes, pululan en todo el país, en las espesuras, las corrientes de agua, y las rocas. Los Veddhás, que piensan «en las sombras de sus antepasados y de sus hijos, creen que el aire está poblado de espíritus, que toda roca, todo árbol, todo bosque, toda colina, en una palabra, todo objeto de la naturaleza, tiene su *genius loci*.» Los Tasmanios imaginaban «un ejército de espíritus malévolos y de trasgos malhechores» que frecuentaban las cavernas, los bosques, las hendiduras de las rocas, las cumbres de las montañas. En los países en que se acostumbra á enterrar los muertos en las casas, se cree que los espíritus de los muertos están en contacto con los vivos codo por codo, y cuando hay, como por ejemplo entre los Vaupes, «hasta centenares de tumbas en una casa,» se debe creer que los espíritus no cesan de codearse con sus descendientes. Aun cuando no se verifiquen los enterramientos en las casas, esta idea existe, por ejemplo entre los Karens, segun refiere Mason. «Segun los Karens, el mundo está más poblado de espíritus que de hombres...; los espíritus de los muertos están agrupados en tropel alrededor de los vivos.» La misma creencia tienen los Tahitianos: «creían vivir en un mundo de espíritus que los rodeaban noche y día expiando todas sus acciones.» Ora reputados como amigos, ora como fautores de daños, á veces los espíritus de los antepasados son expulsados. Barbe nos cuenta que entre los naturales de las islas Nicobar:

«Una vez al año y á veces durante el recrudecimiento de una grave enfermedad, se construye una inmensa canoa que el Minloven, ó sacerdote, lleva delante de cada casa, y allí, á fuerza de alborotos, constriñe á todos los malos espíritus á abandonarlas y á lanzarse á la canoa; los hombres, las mujeres y los niños le asisten en este exorcismo. Se cierran las puertas de la casa, se quita la escala por la que á ellas se sube (las casas están construidas sobre postes de ocho ó nueve piés de altura), y luego se lleva el barco á orillas del mar, donde las olas se apoderan de él para llevárselo con su cargamento de diablos.»

Bastian refiere que análoga costumbre existe en las islas Maldivias. En California hay Indios que tienen la costumbre de desembarazarse, mediante una expulsion anual, de los espíritus que se han acumulado durante el año.

Este sinnúmero de hombres sin cuerpo son agentes siempre disponibles, antecedentes que la inteligencia refiere á todas las acciones ambientes que reclaman una explicacion. No es necesario que se reconozca siempre á estos espíritus bajo la misma forma; muchos no tienen ninguna. Las bandadas de demonios de que los Indios se creian rodeados pasaban, para algunos, por espíritus de los malvados fallecidos; pero no tardaron en convertirse para otros en descendientes de los ángeles caidos y de las hijas de los hombres. Una vez perdidas las genealogías de una multitud que constantemente crece, ningun obstáculo se opone ya á las teorías que se pueden exponer para explicar su origen. El Árabe, que cree el desierto lleno de una poblacion de espíritus tan densa que, al arrojar alguna cosa delante de sí, pide perdon á los que ha podido hacer daño, no los conciben sin embargo como á duplicados errantes de los muertos; pero una vez que la creencia en duplicados errantes de los muertos que, segun el hombre primitivo, existen en todas partes á su alrededor, es admitida, encontramos en ella los gérmenes de agentes sobrenaturales en número ilimitado y susceptibles de variar hasta lo infinito.

Por esta razon las interpretaciones que el salvaje da de los fenómenos ambientes son naturales é inevitables. A medida que la doctrina de los espíritus se desenvuelve, hallamos una explicacion fácil de todos los cambios que los cielos y la tierra presentan sin cesar. Las nubes que se amontonan y se disipan, las estrellas errantes que se presentan y desaparecen, la superficie del agua que de pronto pierde su tersura al soplo de un ligero viento, las metamorfosis de los animales, las trasmutaciones de las sustancias, las borrascas, los temblores de

tierra, las erupciones de los volcanes, todo se hace explicable. Los seres á que se atribuye el poder de hacerse, ya visibles, ya invisibles, y cuyas demás facultades no tienen límite conocido, están presentes en todas partes. Como explican todos los cambios inesperados, su propia existencia se halla siempre comprobada. No se conoce, no se concibe ninguna otra causa para estos cambios; por consiguiente, es necesario que las almas de los muertos sean las causas de tales mudanzas; por consiguiente, es evidente que las almas sobreviven; círculo vicioso en el que encuentran una prueba más que suficiente otros que no son salvajes.

Las interpretaciones de la naturaleza que preceden á las interpretaciones científicas, son, pues, las mejores que el salvaje puede formar. Nos dice Mason, que cuando los Karens atribuyen cuanto oyen y ven inexplicable para ellos á los *jungles*, á los espíritus malignos, no hacen más que admitir una causa, la sola imaginable, faltos de un conocimiento generalizado. Si como Bastian nos enseña, los insulares de Nicobar tienen una religion que consiste en atribuir á los espíritus malignos la procedencia de los tristes acontecimientos que no pueden explicarse por causas ordinarias, no hacen más que apoyarse en las causas que les es dable concebir. ¿Cómo podría ser de otro modo? Livingstone nos habla de ciertas rocas que, despues de haber sido fuertemente calentadas por el Sol, se enfrían bruscamente por la noche y se quiebran produciendo una estrepitosa detonación; los naturales atribuyen ésta á los espíritus malvados. ¿A qué lo podrían atribuir? Los salvajes distan mucho de poder concebir que una piedra pueda quebrarse, por no contractarse la masa por igual; y puesto que de esta concepcion carecen, ¿qué causa pueden considerar como productora de este fenómeno que no sea la de los espíritus malignos que por todas partes se hallan? El mayor Harris nos cuenta que entre los Danakils «un torbellino de polvo no atraviesa jamás el camino sin que una docena de salvajes, por lo ménos, no corran en su persecucion armados de su *criss*; acribillando á golpes el centro del torbellino para alejar el espíritu que cavalga en él.» Si bien esta idea parece risible, recordando la explicación que da la física de un torbellino de arena, nos convenceremos de que una razón semejante no podía nacer de la inteligencia del salvaje y sí solo la que él da. Por otra parte, su experiencia le sugiere la idea de que estos agentes son numerosos y que se hallan por todas partes.

Describiendo una escena tropical, dice Humboldt:—«La superficie de la arena calentada por los rayos del Sol, parece ondulada como la de un líquido; el Sol anima el paisaje y da movilidad á la arena superior, á los troncos de los árboles, á las rocas que avanzan hácia la mar como promontorios.» ¿Qué es lo

que conmueve los troncos de los árboles y hace agitar las rocas? ¿No debemos suponer que son los seres innumerables é invisibles que aparecen por todas partes? Imposible imaginar que estos fenómenos sean ilusiones producidas por la refracción de la luz.

Algunos de los ejemplos que hemos presentado prueban directamente que entre las razas que se detuvieron en las primeras fases de la civilización, los espíritus de los muertos son los agentes que se indican como productores de todo cuanto tenga carácter de fenómeno, y sin embargo, pueden citarse todavía otros ejemplos. Así, pues, con posterioridad á Thompson, los Araucanos consideran que los combates que tienen lugar entre los espíritus de sus compatriotas y los de sus enemigos, son la causa de las tempestades. Esta clase de interpretación difiere de la de las razas más avanzadas en un solo punto; esto es, en presentarse bajo su forma primitiva la individualidad de amigos y enemigos muertos: acabando por borrar ésta, subsisten los agentes personales de una manera ménos definida. Así tenemos en ese río, una olla, en la cual los palos ú objetos flotantes se remolinan y sumergen, y que no dista mucho del punto donde un salvaje de la tribu se ahogó para no reaparecer jamás. ¿No es evidente, pues, que el duplicado de ese ahogado, maléfico como todos los que carecen de sepultura, permanece en aquel lugar, atrae esos objetos bajo la superficie, y que para vengarse agarra y arrastra á las personas que se aventuran en aquellas proximidades? Cuando todos los que conocían el ahogado han muerto; cuando despues de muchas generaciones los detalles del cuento de su muerte, modificados por las narraciones más recientes se han perdido, no queda más que la creencia de un demonio de las aguas que frecuenta este lugar, sobre todo cuando viene á establecerse en el país una tribu conquistadora de cuya historia no se tiene conocimiento por las leyendas locales. Así es como las cosas suceden en todas partes.

No hay nada que conserve en la tradición la similitud de los espíritus con los individuos de donde derivan; no solo se establecen innumerables puntos de semejanza y se borran los rasgos individuales, si que también con el transcurso del tiempo desaparecen todos los rasgos humanos. Para los seres sobrenaturales la variedad se verifica en la especie, ésta en el género, el género en el orden.

Dicho se está que si los espíritus de los muertos concebidos primitivamente en su forma individual, y que poco á poco, á medida que van siendo más numerosos y se diferencian, pasan por muchas formas más distintas pero todavía